

Del sector informal a la economía popular. Alternativas populares de desarrollo social

Coraggio, José Luis

José Luis Coraggio: Economista argentino. Director del Instituto Fronesis (Ecuador). Autor, entre otros, de los siguientes libros: Nicaragua: revolución y democracia; Territorios en transición; Ciudades sin rumbo; Desarrollo humano, economía popular y educación; Economía popular y políticas sociales.

El surgimiento, desde el campo popular, de un proyecto alternativo de desarrollo o transformación, depende de la posibilidad de ganar autonomía relativa en su reproducción material y cultural, y esta alternativa depende de la constitución de una economía popular capaz de autosostenerse y autodesarrollarse, no autárquicamente, sino en vinculación abierta con la economía capitalista y la pública. La economía popular que puede construirse como desarrollo a partir de la matriz socioeconómica popular, para ser dinámica, debe incluir elementos social, organizativa y tecnológicamente heterogéneos pero complementarios.

En el II Encuentro de los Movimientos y Partidos Políticos del Foro de San Pablo (México, junio de 1991) se volcaron algunos enunciados que proveen un marco de referencia obligado a esta ponencia: se establece como cuestión relevante para la transición democrática la «relación de la democracia con la economía y la sociedad»; se mencionan las «estrategias democráticas y populares en lo económico...»; se habla de «la necesidad de ofrecer a la sociedad alternativas concretas en la perspectiva de las clases trabajadoras, las fuerzas democráticas y los intereses nacionales, superando la simple crítica del sistema capitalista». Sin embargo, no se hacen planteos concretos. Se afirma que «la solución de fondo a las dificultades y problemas se encuentra hoy en la transformación profunda de nuestras sociedades...». El sentido de esas transformaciones estaría dado, en lo nacional, por la consecución de «sociedades justas, democráticas y organizadas», o por «un nuevo orden económico y político basado en la justicia, la equidad y la reciprocidad», y en lo internacional por «la integración política y económica de América Latina y del

Caribe» y la lucha por «un nuevo orden internacional». Asimismo se especifica «la necesidad de articular las dimensiones económica, cultural y social de la democracia con su dimensión política. Los valores de la igualdad y de justicia social son así inseparables de la libertad».

En la resolución del III Encuentro, realizado en San Pablo, por su parte, parece predominar la visión de que el cambio social sólo puede ser mediado por la obtención del poder político: «...mediante el establecimiento de auténticos gobiernos populares, democráticos y patrióticos en cada uno de nuestros países. En la búsqueda de este propósito, es nuestro deber y nuestro derecho ampliar al máximo todos los espacios democráticos que hemos conquistado con nuestras luchas, en las elecciones, en los parlamentos, en los gobiernos locales y otras instancias del poder político. Asimismo, crear nuevos espacios de democracia y participación popular».

En cuanto al sujeto de estas transformaciones, mientras que el II Encuentro sólo menciona una amplia matriz social de la que podría surgir - definida por abarcar a los «excluidos del modelo neoliberal, es decir, los trabajadores de la ciudad y del campo, la pequeña y mediana burguesía, los empresarios nacionalistas, amplios sectores de mujeres y jóvenes, las nacionalidades y etnias oprimidas, al igual que los sectores más desprotegidos de la sociedad» -, el III Encuentro afirma que ya «los movimientos populares del continente, muchos de ellos surgidos y forjados en la resistencia a las dictaduras hoy se amplían y desarrollan en el enfrentamiento contra la crisis y los responsables de ella, contra la ofensiva neoliberal, alcanzando niveles nacionales de organización y reforzando los intentos de articulación inclusive a nivel internacional en el combate por el derecho de ciudadanía plena de las grandes mayorías. Impulsados por la solidaridad y ampliando constantemente su participación en la vida social y política van comprendiendo, cada vez mejor, que la lucha por alcanzar sus reivindicaciones inmediatas debe elevarse al nivel de conquistar gobiernos que representan sus legítimos intereses...».

En consecuencia, es necesario explicitar que en las siguientes propuestas respecto a la elaboración de lineamientos estratégicos referidos a la economía popular, parto de algunos presupuestos parcialmente divergentes:

a) En la actualidad los movimientos populares están en general en un proceso de regresión, pérdida de sentido y desmovilización (sindicalismo, movimientos reivindicativos en general, movimientos de pobladores, movimientos por los derechos humanos, etc.).

b) Se imponen en las mayorías tendencias al pragmatismo, inmediatismo, localismo, sectorialismo, como consecuencia de una apresurada interpretación de la historia reciente como un fracaso definitivo de formas de organización y lucha tradicionales orientadas hacia la contestación o la obtención del poder político, y de la imperiosa necesidad de resolver la sobrevivencia inmediata de las mayorías.

c) El acceso a posiciones de gobierno local o incluso nacional es de gran relevancia, pero de carácter contradictorio dada la actual correlación de fuerzas a nivel mundial, en tanto un gobierno local o nacional latinoamericano debe proseguir con matices diferenciales ciertamente importantes: no corrupción, transparencia, mantenimiento parcial de políticas sociales el proceso de desestatización, desregulación y ajuste de la economía, o bien renunciar al acceso a recursos vitales para demostrar su capacidad de resolver necesidades sociales de las mayorías. Esto aparece impuesto por organismos como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial, pero de hecho se impone a través de las inevitables articulaciones con el mercado mundial capitalista¹.

d) Un ingrediente fundamental del ejercicio de la práctica política en estas circunstancias debe ser - sin excluir otros - una correcta vinculación entre prácticas económicas y construcción de un poder alternativo, lo que no se puede reducir a lograr una mejor representación de los intereses populares en la estructura del Estado. Esto implica partir del pragmatismo de las masas, actualmente orientado hacia la resolución inmediata de necesidades impostergables, para desarrollar, desde abajo, nuevas formas de poder que, eventualmente, desemboquen en un nuevo espíritu y posiblemente en nuevas formas estatales.

e) Más que afirmar la necesidad de profundas transformaciones sociales y políticas, es fundamental reconocer que, como resultado de la hegemonía neoliberal, se están dando profundas transformaciones sociales (gelatinosidad social, desestructuración de clases, articulación popular alrededor de determinaciones culturales, de género, ideológicas, no reducibles a determinaciones de clase, etc.) y políticas (desdibujamiento de la escena política nacional - por un lado en dirección a lo local, por otro en dirección a lo global - como espacio de construcción de un poder alternativo), cuyas tendencias marcan una realidad no resistente al cambio sino en proceso de cambio vertiginoso.

¹Un ejemplo en que esto es evidente fue el caso del último período de política económica del gobierno sandinista en Nicaragua, donde no puede dudarse de la voluntad de la dirección revolucionaria de evitar un ajuste socialmente regresivo.

f) Más que afirmar apriorísticamente la vía del cambio desde el Estado o la del cambio desde la sociedad, es preferible pensar en la necesidad de avanzar en el espacio de la interfase entre ambas esferas, aunque apostando a la posibilidad de una regeneración de lo estatal renovado, a partir de procesos necesarios desarrollados en el seno de la sociedad.

Alternativas económicas frente a la política

Cualquier propuesta de alternativa para nuestras economías debe considerar dos aspectos, que deben ser previa o conjuntamente establecidos: a) el estilo de dominación mundial al que se enfrentará cada sociedad concreta; y b) el estilo de acción política que propugnan quienes plantean tal alternativa económica en cada sociedad concreta. Si cada uno de estos aspectos es tomado como punto de partida absoluto del proceso de búsqueda de alternativas, resultan dos énfasis unilaterales.

Partir del estilo de dominación mundial y, por tanto, de las tendencias de reorganización del sistema de fuerzas económicas y políticas a nivel mundial², supone como segundo paso considerar las posibilidades de autocentramiento relativo del proceso de acumulación nacional vis à vis las tendencias a la creciente apertura económica y cultural de nuestras sociedades. Esta búsqueda supone asimismo, en lo político, determinar las reformas al sistema político y al Estado necesarias para conjugar un cierto grado de autocentramiento con un sistema democrático representativo, capaces de sentar nuevas bases para la autodeterminación nacional. Este tipo de búsqueda pasa por el diseño de modelos macrosociales, informados teórica y empíricamente, tal como podrían hacerlo los expertos economistas o científicos políticos, y enfrenta la tentación de mistificar el conocimiento científico. Asimismo, presupone que el partido político es la forma organizativa central para producir y promover tales alternativas. Esto impregna la búsqueda del objetivo de llegar a posiciones de gobierno, de atenerse a calendarios electorales, y de orientar los diálogos y negociaciones hacia los interlocutores externos. En la medida que se plantea la necesidad de establecer una comunicación entre las cúpulas políticas y las bases sociales, la mejor opción posible es la de un modelo de comunicación vertical-pedagógico, en base al cual se expliquen de manera comprensible las propuestas y sus posibles consecuencias, así como qué se espera de cada sector socioeconómico para hacer efectiva esa alternativa.

Por el otro lado, partir del estilo de acción política como cuestión central, abre la posibilidad, como se podría leer entre líneas en la declaración del II Encuentro del

²Este parece ser el esquema metodológico con el que se organizó esta reunión.

Foro de San Pablo, de plantear una estrategia para la construcción de un poder popular desde las bases de la sociedad, lo que en términos económicos implica centrarse no tanto en el modelo de acumulación de capital como en la economía popular, orientada hacia la reproducción no del capital sino de la vida. Este tipo de búsqueda supone partir no de un modelo macrosocial sino de la multiplicidad de prácticas económicas generalizadas por las masas en estos años, su cultura y sus múltiples formas organizativas (economía doméstica, movimientos sociales, ONGs, organizaciones corporativas, redes de solidaridad, también partidos políticos, etc.). Implica también valorar el conocimiento que los múltiples agentes de la organización económica y cultural popular tienen sobre los procesos inmediatos de reproducción y sobre la economía tal como se aprecia desde esa perspectiva, y enfrenta la tentación de mistificar la sabiduría popular. Este tipo de aproximación se movería con largos plazos - como supone el cambio cultural -, o directamente sin consideración de plazos.

Esta esquemática presentación permite visualizar una aparente paradoja. Por un lado, para sobrevivir políticamente en lo inmediato, es decir, para aparecer como una opción de gobierno y, por tanto, de gestión macroeconómica y de interlocución con organismos internacionales, parece imperativa avanzar prioritariamente en la cuestión de la estrategia de acumulación alternativa y de autosostenimiento de equilibrios macroeconómicos, un típico problema de largo plazo. Esto implica ubicarse, con otro proyecto, en el Estado existente, en la posición entre Estado y sociedad que viene reestructurándose según el proyecto neoliberal. Por otro lado, para transformar profundamente (en el largo plazo) la sociedad y el Estado, es necesario sumergirse en el mundo de la economía popular, en las estrategias inmediatistas de reproducción, para contribuir a darles un sentido alternativo, inseparable de la constitución de nuevos sujetos sociopolíticos, que finalmente dé otras bases a la democracia, a la economía en su conjunto y al Estado mismo. Decimos que ésta es una paradoja aparente, pues en realidad la eficacia requiere atender a ambos aspectos, lo que instala una fuerte tensión en el campo de la política y pone en cuestionamiento las fórmulas unilaterales. En esta ponencia nos concentraremos en desarrollar un poco más la segunda perspectiva, la que da una posición más central en la acción política a la articulación con la lucha cotidiana de los sectores populares por su reproducción.

Del sector informal a la economía popular

Usualmente, al hacer referencia a los agentes económicos clasificados como «populares», se apela al método de «mosaico», yuxtaponiendo diversos criterios: nivel de

ingresos (pobres), tamaño (pequeños establecimientos), tecnología (mano de obra intensiva), productividad del trabajo (baja productividad), tipo de actividad (comercio, artesanías, servicio doméstico, etc.), capacidad de acumulación (inexistente o irrelevante), tipo de relaciones de producción (relaciones de parentesco, maestro-aprendiz, etc., pero en ningún caso relaciones capitalistas), tipo de valores predominantes (solidaridad), relación con el sistema legal (economía subterránea, informalidad), etc. El resultado termina siendo casi siempre una lista ad-hoc, que no responde a ninguna «lógica» específica.

Por otro lado, en diversos trabajos se diferencia entre este conjunto y la clase trabajadora³, los asalariados del capital (el proletariado). Avaloraría esta distinción el criterio teórico por el cual el proletariado, siendo un «momento» del capital, no puede ser considerado como un agente económico independiente, sino que es un elemento interno al capital en proceso, al punto que sus luchas sindicales a la larga no hacen sino contribuir al desarrollo de las fuerzas productivas del capital (sustitución de la fuerza de trabajo por maquinarias, informatización, robotización, etc.). Sólo la conciencia de clase y el sentido político de sus luchas, superador del economicismo, permitirían a la clase autonomizarse.

En cuanto al primer conjunto, su conciencia «pequeño-burguesa», asociada a las formas indirectas de subordinación al capital, fue generalmente vista como un obstáculo para considerarlo como posible sujeto histórico. Esta concepción habría sido cuestionada por las corrientes que idealizan el saber y la cultura popular. Dentro de ese conjunto se ha venido destacando, como realidad evidente y como tematización, lo que podríamos llamar el «sector informal ampliado», que yuxtapondría varias de las categorías enumeradas más arriba, haciendo predominar ora su carácter no capitalista, ora su carácter ilegal, ora los parámetros de su función de producción. Esta forma de actividad económica ha terminado siendo (re)conocida por las más diversas corrientes político-ideológicas, por las organizaciones locales e internacionales más diversas y, por supuesto, por el Estado.

Pero más allá de reconocer su existencia (heterogeneidad estructural), su extensión y su asociación con los pobres o los sectores populares, la economía informal ha dado lugar a tres corrientes de pensamiento respecto al qué hacer con ella:

a) La neoliberal, cuyo principal ideólogo fue en cierto momento Hernando de Soto, que veía en esta economía el semillero de la revolución liberal por la que nuestros países nunca habrían pasado, y que proponía la desregulación total por parte del

³La misma Declaración de México habla de «...los trabajadores y los sectores populares...».

Estado y sus agentes paraestatales. Tal desregulación implica el desmantelamiento del sistema legal que pretendiera controlar la libre iniciativa privada, con lo que estos agentes saldrían de la informalidad. Su congruencia con los programas de «ajuste neoliberal», impuestos autoritariamente desde el FMI, el BM y el Estado, es evidente.

b) La empresarial-modernizante, presente en los más diversos programas de gobierno, organismos internacionales, ONGs dedicadas a este sector, que asume una concepción evolucionista de la empresa, evolución que desembocaría necesariamente en la empresa moderna (capitalista, no necesariamente grande), y que mide desde los parámetros de ese tipo-ideal (capitalización, propietarización legal, acceso al crédito, productividad del trabajo, organización, etc.) la situación y cambios deseados a partir de la microempresa o incluso de sus precarios gérmenes preempresariales. Incrementar su eficiencia (medida según estándares de lo moderno) es el leitmotiv de los programas destinados a inyectar recursos para producir esa modernización, la que no resultaría del libre juego del mercado existente en nuestros países, sino de apropiados programas de desarrollo y modernización - concebidos e implementados desde «arriba», desde el Estado, los organismos internacionales y con la mediación de las ONGs - de las actividades informales. Esta corriente admite dos variantes: 1) la individualista, que ve a la microempresa como germen del autodesarrollo; y 2) la asociacionista, que ve como condición del desarrollo la aglomeración de fuerzas productivas bajo la forma de cooperativas o similares.

c) La solidarista, asociada principalmente a corrientes cristianas, que parte de la economía de los pobres y sus estrategias familiares y comunitarias de sobrevivencia, como suelo social y cultural para extender - desde «abajo», desde lo local, desde las comunidades primarias, y horizontalmente - valores, considerados superiores, de reciprocidad y solidaridad, expresados en algunas instituciones como las fiestas, la ayuda mutua, la minga, la asamblea popular, etc. Esta corriente no oculta su rechazo al Estado, al poder político y al correspondiente sistema de partidos políticos.

Hay una cuarta propuesta, que se distingue de las anteriores, aunque puede tomar elementos de ellas, que definiremos como la construcción de una economía popular, a partir de esa matriz de actividades económicas cuyos agentes son trabajadores del campo y la ciudad, dependientes o independientes, precarios o modernos, propietarios o no propietarios, manuales o intelectuales. Esta propuesta implica no idealizar valores ni prácticas populares actuales, ni poner como punto de referencia la modernidad capitalista. No supone la desconexión del mercado capitalista ni

se ve como fase para integrarse a él en plenitud. Es una propuesta abierta, en tanto no prefigura de manera definitiva qué actividades, qué relaciones, qué valores, constituirán esa economía popular. Tampoco acepta la opción excluyente entre sociedad y Estado, sino que propone trabajar en la interfase, desde la sociedad y desde (o por relación a) posiciones estatales, confiando en que el actual proceso de desmantelamiento de las estructuras estatales dará paso necesariamente a la generación de nuevas formas estatales.

La posible construcción de una economía popular

El punto de partida .

Definimos como matriz socio-económica básica de la economía popular el conjunto de actividades económicas (en el sentido de producir bienes y servicios o de requerir recursos escasos) realizadas por agentes individuales o colectivos que dependen para su reproducción de la continuada realización de su fondo de trabajo propio. Cualquier interrupción prolongada de esa posibilidad pone a estos agentes en situación de catástrofe vital - debiendo apelar a recursos como la liquidación de bienes de consumo indispensables, la beneficencia pública o privada, o la apropiación ilegal de recursos - con una violenta degradación de sus condiciones de vida.

Esta definición excluye en principio a las clases propietarias de recursos en cantidad y calidad tales que les permiten vivir (con niveles de consumo de lujo), sea de la explotación del trabajo ajeno, sea de rentas. Desde ese punto de vista, si se quiere, este agrupamiento se caracterizaría colateralmente por un rango de ingresos anuales, adecuado a cada sociedad y época. Incluye, en cambio, un espectro bastante amplio de situaciones sociales: desde el mendigo hasta el profesional medio independiente, desde el artesano hasta el pequeño empresario que contrata fuerza de trabajo complementaria, desde el prestador independiente de servicios hasta el obrero calificado, desde el trabajador manual hasta el profesor universitario o el investigador de una ONG. Esta amplitud suele despertar aprehensiones entre quienes están acostumbrados a pensar en clases sociales internamente homogéneas. Sin embargo, ni aquellas clases sociales eran tan homogéneas - por algo hubo que apelar a conceptos como el de «aristocracia obrera», o al de «pequeña burguesía», o hacer lugar para contradicciones «secundarias», como las de género o las étnicas -, ni la realidad social actual y sus tendencias permiten analizarla a partir de unas pocas categorías sociales bien estructuradas, dado su carácter magmático y gelatinoso y la bien establecida duda sobre aquellas predicciones acerca de la polarización social capitalista en dos clases antagónicas.

Sobre esto último, creo más útil trabajar con la hipótesis de que estamos viviendo un período de revolución de las estructuras sociales, caracterizable por las tendencias a la dualización socioeconómica, resultantes del predominio de las tendencias a la exclusión por sobre las tendencias a la integración económica por parte del capital. Esta exclusión sería tanto de los mercados de trabajo, de medios de producción, de bienes de consumo, que se toman inaccesibles - como de los mecanismos de compensación social que caracterizaron al Estado de bienestar, y por un período significativo (en una reciente reunión de organismos del sistema de la ONU se manejaba la hipótesis de que esto duraría ; hasta el 2020!) no se manifestarían tendencias opuestas, sobre todo en los países que hoy constituyen la periferia capitalista. El interés económico del capital por la reproducción de la fuerza de trabajo, que en el largo plazo tendía a ser asimilada con la población usando conceptos como el de «ejército industrial de reserva» habría dado paso a un interés principalmente político por evitar catástrofes sociales muy evidentes, basado en las necesidades de legitimación del sistema capitalista. Este interés sería atendido, crecientemente, no por nuevas políticas económicas que reintegren las capacidades de trabajo en el ciclo del capital, sino con políticas específicas de legitimación, a través de la anunciada «guerra cultural».

Esto no es una predicción científica, sino una hipótesis de tendencia que provee un marco para hacer otras predicciones que orienten - en el sentido gramsciano, de detectar posibilidades superiores en la realidad y establecer vías de acción para hacerlas efectivas - el pensamiento y, eventualmente, la acción política estratégica desde el campo popular. El sentido de esas tendencias y de las propuestas que se haga en ese marco, será materia de discusión mientras no se perfile un paradigma alternativo, a la vez viable en el largo plazo y pertinente para orientar la resolución de los problemas cotidianos actuales de los sectores populares. En todo caso, mientras el paradigma siga siendo el de la integración social bajo el capitalismo, seguirán manejándose interpretaciones funcionalistas, donde las estrategias de sobrevivencia popular podrán ser vistas como funcionales, en tanto retrasan la crisis definitiva del sistema, apuntalando su legitimidad, o como tendencias pequeño-burguesas, en tanto su motivación es economicista.

La matriz socioeconómica básica de la economía popular. ¿Cuáles son los componentes empíricamente identificables de esa matriz básica? Incluye, como elemento central, las actuales economías domésticas - unipersonales, familiares, comunitarias, cooperativas - cuyo sentido inmediato está dado por la utilización de su fondo de trabajo (suma de las capacidades proporcionales de trabajo de los miembros de la unidad doméstica, niños, adultos y ancianos, hombres y mujeres) para la repro-

ducción transgeneracional de la vida - biológica y cultural - de sus miembros. La economía doméstica incluye no sólo el despliegue de trabajo sino también activos fijos - vivienda/local de habitación, producción o venta, instrumentos e instalaciones, artefactos de consumo, etc. - e intangibles - conocimientos técnicos, etc. - que han ido acumulándose en función del objetivo de la reproducción de la vida en condiciones tan buenas como sea posible, evaluado esto dentro de cada marco cultural. Esta «acumulación» no responde a las leyes de la acumulación capitalista de valor. Aunque pueda tener un valor redimible en el mercado, lo que ha predominado en su configuración ha sido su valor de uso⁴.

Si hiciéramos un balance con los flujos internos y externos de este conglomerado que constituiría la base de una posible economía popular, podríamos concluir que: a) su principal recurso es su capacidad de trabajo, pero incluye también recursos acumulados (medios de consumo durable y medios de producción, a veces no claramente separables) no despreciables; b) su principal producción particular en la división social del trabajo es la oferta de fuerza de trabajo, pero es también origen de una considerable corriente de bienes y servicios, todo ello producido para el mercado - «intra economía doméstica» y «externo» (economía capitalista, economía pública) -; c) la evolución de su intercambio agregado con el resto de la economía implica cierta variación en los términos del intercambio, uno de cuyos elementos principales es el salario real, pero que de ninguna manera es el principal determinante de los resultados de ese intercambio, pues los precios y tasas de los medios de producción y consumo utilizados, relativos a los de los bienes y servicios que ofrece, son de igual significación.

Las formas de trabajo doméstico mencionadas suponen una división técnica del trabajo en el interior de la unidad doméstica o entre unidades domésticas, donde las relaciones de parentesco (de afinidad y consanguinidad), de vecindad u otras, constitutivas de la comunidad doméstica, organizan las relaciones de producción⁵. El nombre de «microempresas» suele ocultar la ausencia de características distintivas de esa forma de organización denominada empresa: las relaciones interpersonales son determinantes, las relaciones de producción no se han objetivado en la burocracia, predominan las relaciones de parentesco, étnicas, afectivas, etc. La

⁴En el caso de la vivienda, se han establecido secuencias generalizadas, donde el acceso a tierra urbana - muchas veces por ocupación - y luego la realización de una autoconstrucción y la participación en obras comunales de mejora del vecindario, pueden ser seguidas por el alquiler de una parte de la vivienda y luego la repetición de esa secuencia en otro barrio dejando finalmente la anterior como vivienda alquilada. Esto entra dentro del campo de posibilidades de la economía doméstica popular, que no presupone niveles de pobreza extrema.

⁵El hecho de que no sean relaciones capitalistas de producción no excluye la existencia de explotación sobre bases de género, generacionales o étnicas.

apropiación de recursos en la economía doméstica - medios de producción o de consumo - no está entonces regida por las leyes del mercado, aunque está articulada con éstas: incluye mecanismos como el de las reglas de distribución de recursos comunitarios según reglas de parentesco, etc., la ocupación de tierras, la ocupación de espacios públicos, las conexiones ilegales a redes de electricidad, la organización reivindicativa ante el Estado, el clientelismo, la mendicidad o, esporádicamente, la «recuperación» popular de bienes para satisfacer necesidades elementales, etc. Por lo mismo, lo que los agentes de esta economía consideran un acto económico legítimo y de acuerdo a usos y costumbres - generalmente asociados a la necesidad de reproducción de la vida de sus miembros y su cultura puede no coincidir con las reglamentaciones jurídicas de la vida social.

¿Qué hacer? Acción política y gestión económica . La definición amplia que adoptamos de esa posible economía popular y de su matriz socioeconómica básica tiene motivos políticos. Aceptar la caracterización del Banco Mundial de que lo popular es lo que está por debajo de la línea de pobreza, si es que no de indigencia, equivale a condenar la estrategia popular a la reivindicación o a la dependencia de donaciones, cuando no de créditos difíciles de recuperar . Equivale a renunciar al desarrollo de formas de solidaridad orgánica, que superen la mera agregación mecánica de intereses similares y por tanto potencialmente competitivos, y que provean un suelo firme para la constitución de sujetos colectivos capaces de disputar la hegemonía al capital. La posibilidad de que del campo popular surja un proyecto alternativo de desarrollo o transformación social depende de la posibilidad de que gane autonomía relativa en su reproducción material y cultural, y esta posibilidad depende de que se constituya una economía popular capaz de autosostenerse y auto-desarrollarse, no autárquicamente, sino en vinculación abierta con la economía capitalista y la pública. Tal opción es imposible para el estrato separado de los pobres o los indigentes. Y, sobre todo, es imposible como fuente de una alternativa societal hegemonizada por las fuerzas representantes de los intereses populares generalizables.

La economía popular que puede construirse como desarrollo a partir de la matriz socioeconómica popular, para ser dinámica, debe incluir elementos social, organizativa y tecnológicamente heterogéneos pero complementarios. Debe incorporar, por ejemplo, y en lo que hace a lo económico, a las universidades nacionales y sus centros tecnológicos, ONGs, movimientos reivindicativos, como los movimientos barriales y sindicales, de la juventud, de liberación de la mujer, con fundamentos ideológicos distintivos, como las comunidades eclesiales de base, etc. Debe incorporar redes de subsistencia y redes de intercambio cultural y científico, organiza-

ciones usualmente reconocidas como productivas y otras generalmente no reconocidas como tales (como el movimiento de educación popular, o los clubes deportivos). Porque la economía popular debe apelar a formas de movilización y dirección de recursos mercantiles y no mercantiles - como la movilización de jóvenes para alfabetizar o vacunar, o las vecinales para sanear el medio ambiente - que requieren no de precios estimulantes sino de una lucha cultural por compatibilizar motivaciones personales o grupales con objetivos societales. Sin embargo, no es posible sustituir al mercado totalmente, y la economía popular debe buscar formas de acción mercantil eficiente, congruente con sus metas, así como de regulación social de las relaciones de mercado.

La autonomía total es imposible, hasta donde llega la mirada y la proyección de tendencias, de modo que se trata de articular niveles de autonomía doméstica, comunitaria, local, popular, con niveles de heteronomía provenientes del sistema capitalista nacional y, cada vez más, mundial. En todo caso, la autonomía no puede ponerse como condición de la eficacia, sino que debe ir construyéndose sobre la base de propuestas alternativas eficaces al dominio del mercado capitalista. Pero para avanzar en esa autonomía relativa, que implica un control cada vez mayor de las condiciones de reproducción de la vida biológica y cultural, es indispensable superar el inmediatismo y la fragmentación, plantear proyectos de orden comunitario y social. Proyectos que suponen superar la visión de que el principal medio de control es la propiedad de medios de producción, advirtiendo la importancia de incidir sobre (o determinar más directamente, desde posiciones gubernamentales) las políticas del Estado u otros organismos que asignan recursos, así como de ejercer una fuerza económica unificada en el mercado. Se instala aquí una tensión que suele aparecer representada, por un lado, por los agentes populares particulares e incluso por sus organizaciones de base, y, por el otro, por teóricos, investigadores o políticos y sus organizaciones, que pretenden orientar estratégicamente las acciones populares.

Esto tiene un componente de conocimiento teórico: hacer inteligibles las estructuras que se imponen como sistema natural, anticipar consecuencias de acciones agregadas, exponer a la luz el poder en todas sus formas. En lo que hace a la economía, implica develar que detrás de los precios y las regulaciones hay una distribución del poder económico y político que no corresponde con el peso social de las mayorías populares. Implica anticipar a dónde conducen las acciones motivadas individualmente pero que conforman un verdadero comportamiento colectivo, como las llamadas «estrategias de sobrevivencia». Implica ver la articulación posible y necesaria entre acciones aparentemente no económicas y las evidentemente

económicas, así como mostrar otros contenidos relevantes de las acciones que pretenden ser exclusivamente económicas. Tiene entonces una dimensión interpretativa, una propuesta de sentido usualmente orientada hacia la transformación de estructuras, que trascienda las motivaciones inmediatas de los agentes. Esa función es fundamental para la concepción y la concreción de una alternativa popular a sus problemas sentidos y al desarrollo social en general, pero en tanto el pensamiento estratégico se limite a esa función, no es de extrañar que predominen los desencuentros entre dos lógicas y horizontes temporales tan diversos. Aunque se hayan dado convergencias, e incluso situaciones de «organicidad» entre intelectuales con orientación estratégica y dirigentes populares, posiblemente esto ha tenido más que ver con la necesidad del movimiento popular de participar en la producción de un discurso público cuyas reglas de formación son controladas precisamente por intelectuales.

Una condición para superar este desencuentro es que el pensamiento estratégico se articule con un componente práctico: en este caso, la continua e insustituible comprobación práctica de que existen formas no espontáneas complementarias o más eficaces para resolver los problemas de la producción cotidiana, que están asociadas a otros valores, a otras instituciones, a otra distribución del poder. Esto, a su vez, requiere de otro tipo de conocimientos técnicos, que no se encuentran en las grandes teorías sociales.

Conjugando un proceso de experiencias exitosas con un proceso de autorreflexión se puede dar ese proceso colectivo de aprendizaje de unos y otros, sin el cual siempre volverá a repetirse la dicotomía entre masas reactivas y dirigencias poseedoras de «la verdad». En esto puede ayudar la tendencia objetiva a la ampliación de la gama de situaciones que cuestionan el mundo de la vida, es decir, lo inconciente y por tanto incuestionable, y que van dando lugar a una complejización y enriquecimiento de la concepción reflexionada del mundo por parte de los sectores populares, al planteamiento de objetivos cada vez más ambiciosos, sin por ello abandonar el pragmatismo característico de la vida cotidiana⁶. Pero ese proceso se acelera si cabalga sobre experiencias económicas exitosas, que van dando seguridad para

⁶Un ejemplo de este cambio cualitativo es el de una comunidad que comienza a problematizar su situación ambiental, planteando la necesidad de una gestión colectiva que controle externalidades nocivas para la salud o para la misma producción. O el de una comunidad que asume la problemática del machismo como problema de mujeres y hombres, o de la comunidad en su conjunto. O el de una comunidad que siente la necesidad de tematizar la jerarquización de las necesidades (y derechos) compartidas. O el de una comunidad urbana que advierte la necesidad de articularse más orgánicamente en sus intercambios con comunidades rurales, asumiendo a la vez los problemas de esos interlocutores. O el de una comunidad que implementa formas de control de la competencia entre sus miembros, en tanto pueda afectar la sobrevivencia de todos.

emprender otras tareas. Los aspectos subjetivos, la constitución de un sujeto popular heterogéneo, internamente democrático, no pueden darse por presupuestos, sino que son un resultado posible que sólo podría lograrse tras el arduo proceso de comprensión y resolución de los problemas inmediatos que sean capaces de ir planteando los sectores populares.

En todo caso, este proceso no puede invertirse, comenzando por el resultado hecho modelo, que la teoría prefigura. Por un lado, porque las teorías con que contamos se quedan cortas de ese objetivo. Por otro lado, porque sólo ese proceso de aprendizaje puede producir un fortalecimiento democrático y duradero del campo popular. El punto de partida es, pues, la cultura popular, sus valores, hábitos, actitudes, autojustificaciones, visiones del mundo, así como sus objetivos y prácticas económicas, sociales y políticas. Una cultura que es resultante de una compleja interacción entre la estrategia de dominación del capital y la resistencia a esa dominación, pero que indudablemente es hoy fundamentalmente una cultura subordinada, que constituye una matriz capaz de recibir y asimilar con asombrosa facilidad las nuevas imágenes, las nuevas figuras salvadoras, las nuevas propuestas de acción, las nuevas interpretaciones de las luchas populares que vienen del sistema de dominación cultural.

La difícil tarea que tiene la acción política es partir de esa matriz, desde su interior mismo, para desarrollar una cultura popular contra hegemónica, combinando la lucha simbólica y la lucha por la reproducción material. Es esencial entonces no admitir la separación - propuesta y actuada por la ideología dominante y sus aparatos - entre lo simbólico y lo material. Porque entre otras cosas se trata de disputar, ideológica pero sobre todo prácticamente, el sentido de las políticas estatales, de los organismos internacionales, de algunas ONGs y de los mismos actos económicos que están constituyendo la experiencia generalizada de los sectores populares latinoamericanos. Cultura popular y economía popular deben entonces pugnar por autonomizarse articuladamente. No se trata de crear instituciones e imponer valores superiores, según una racionalidad práctica, en el «frente cultural». mientras se trabaja instrumentalmente en el «frente económico», para lograr la sobrevivencia material, sino de ir avanzando en un proceso multivariado de aprendizaje y formación, donde nuevos valores e instituciones vayan surgiendo también de la práctica de reproducción económica.

¿Quién puede plantear esos objetivos estratégicos y dar esta lucha? ¿Hay un sujeto sustitutivo de este proceso sin sujeto a la vista? El papel de los intelectuales es innegable. Pero no nos referimos «al partido», ni a instituciones similares, profesio-

nalizadas en la «conquista de gobiernos». Nos referimos más a mediadores y comunicadores que a líderes que esperan ser seguidos. Esta tarea sólo puede ser emprendida por múltiples agentes (políticos, promotores del desarrollo, dirigentes sociales y corporativos, asistentes sociales, investigadores, educadores, técnicos y profesionales, artistas, comunicadores, pastores, etc.). Incluidos en un amplio movimiento cultural, que abarque múltiples formas organizativas - tradicionales y nuevas - y dimensiones de la acción social, que incluya múltiples identidades de lo popular, que tolere ritmos no sincronizados de avance - admitiendo numerosos puntos de iniciativa, que puedan incluso turnarse en mantener el dinamismo, sin apelar a una prematura y tal vez inconveniente centralización - mientras la experiencia se va decantando y la reflexión va haciendo inteligible el movimiento de conjunto y desarrollando un nuevo espíritu estatal.

Por eso, no es posible dar recomendaciones generalizables de acción económica concreta, entre otras cosas porque «lo económico» no es separable de lo cultural, y entonces la complejidad del qué hacer para lograr medios o resultados económicos mejores hace muy difícil encontrar reglas simples⁷. Lo que puede recomendarse es una actitud, unas claves de inteligibilidad de los procesos económicos que experimentan las masas, y un procedimiento para hacer política desde la economía, todo ello a especificar en cada coyuntura particular. La urgencia por asumir esos puntos de partida no debe confundirse con la urgencia de resolver la cuestión de inmediato. Nos espera un largo proceso, y aceptar sus ritmos posibles desde la perspectiva de las masas es esencial para no precipitarnos una vez más en el tobogán del voluntarismo.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 131, Mayo-Junio de 1994, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.

⁷El apuro por encontrar lineamientos estratégicos lleva a propuestas insostenibles, como la de la «desconexión» de regiones campesinas por un par de generaciones, o la de la modernización del sector informal. Unas pecan por no tener en cuenta los deseos de los mismos sectores populares, otras por no analizar la coherencia de las propuestas con respecto a los objetivos. O llevan a plantear como propuestas un listado de lo que están haciendo ya los sectores populares para sobrevivir, extendiendo por aquí, profundizando por allá, a partir de criterios no consensuales sino presupuestos como correctos por el analista.